



Pedro Mairal y “La uruguaya”
Por Manuel Hidalgo (El Cultural, 2017)

“Yo hablando dormido, vos leyéndome los mails...”. Algo no va bien, nada bien -celos disparados, sospechas de engaño-, entre el escritor cuarentón Lucas Pereyra y su pareja, Catalina, padres de un hijo pequeño, Maiko, que nada más nacer -habrá que decir la verdad- tensó la cuerda, desquició el ambiente de la casa. Crisis conyugal, sí, y crisis económica también, la argentina, superpuestas. Por eso Lucas se desplaza una jornada a Montevideo, donde le han ingresado un adelanto de dinero por su próxima novela, que se quedaría en nada -con tantas deudas como tiene- si lo recibiera en un banco de Buenos Aires. Por eso, y porque está inflamado de deseo hacia una chica que conoció meses atrás en un encuentro literario. Mails cruzados, los mails que ha espiado Catalina, con quien la pasión fue llameante antes de que todo se apagara. ¿Y Catalina, con quién sale que tan tarde vuelve a casa últimamente?

La uruguaya (Libros del Asteroide), de Pedro Mairal (Buenos Aires, 1970), es una novela muy divertida, plena de humor, de diálogos fulgurantes, de ideas locas, de observaciones tronchantes -¡ese perro!-, de exagerados fregonazos que incentivan a cada página el deseo de seguir leyendo al ritmo rápido al que su escritura obliga. Muy bien cortada, con sorpresas, con giros, con imprevistos. Con un lenguaje, sobre todo, que siendo económico, directo y ajustado no repara, curiosamente, en gastos de inventiva, de gran creatividad, explosiva y expansiva.

Y es también una cuchillada al corazón -precisamente-, un baño, entre tanta risa, de pesimismo desolado: la imposibilidad del cumplimiento del amor y del deseo, de que duren, de que el pasado -si estuvo bien- no se derrumbe, de que el futuro -si se sueña con nervio ilusionante- no sea un

Tertulias literarias

muro en el que estrellarse. ¿Algo que valga la pena queda?, ¿algo que salve es posible? Hay negrura en *La uruguayaya*, negrura en el diagnóstico de la vida, de un país y de otro –Argentina y Uruguay–, y hasta la novela –“thriller” sentimental, en cualquier caso– se abre al género negro, al delito y al crimen, como se abre, tantas veces, al erotismo, al sexo candente e incandescente, a la sátira –¡los médicos!– implacable. A las miserias del escritor y del ambiente literario, a las crudezas e imposturas del oficio de escribir. A un tremendo patetismo existencial.

Lucas está pensando en el próximo cumpleaños de su hijo Maiko. Se dirige, como en toda la novela, a su mujer, Catalina, y le dice: “Vos sabés que lo adoro a mi hijo. Lo quiero más que a nadie en el mundo. Pero a veces me agota, no tanto él sino mi constante preocupación por él”. ¡Y tanto que le agota! Acaba de escribir: “Mi hijo. Ese enano borracho. Porque era así a veces, como cuidar un enano borracho que se pone emocional, llora, no le entendés lo que te dice, lo tenés que estar atajando, lo tenés que levantar porque no quiere caminar, hace un desastre en el restorán, tira cosas, grita, se duerme en cualquier lado, lo llevás a casa, tratás de bañarlo, se cae, se hace un chichón, empuja muebles, se duerme, vomita a las cuatro de la mañana”.

A cada poco hay párrafos así, apretados de escritura, torrenciales, vertiginosos y de vértigo. Por lo que expresan y por cómo lo expresan. *La uruguayaya* es un ejercicio de patinaje sobre brasas y, también, lluvia que cala. Abrasa y te deja tiritando.

Pedro Mairal, último premio Tigre Juan: “La verdad a veces es demasiado” Por Manuel Álvarez (El Asombrario, 2017)

Sí, “la verdad a veces es demasiado”. Lo dice Lucas Pereyra, el protagonista de ‘La uruguayaya’ (Libros del Asteroide), libro con el que el argentino Pedro Mairal (Buenos Aires, 1970) ganó el pasado mes el prestigioso premio Tigre Juan. Una novela frenética y adictiva que lleva su sello, crudeza y humor, en torno a una crisis conyugal. Le hemos entrevistado en Buenos Aires para que nos hable de sus procesos creativos, de los premios, de las adaptaciones de sus novelas al cine...

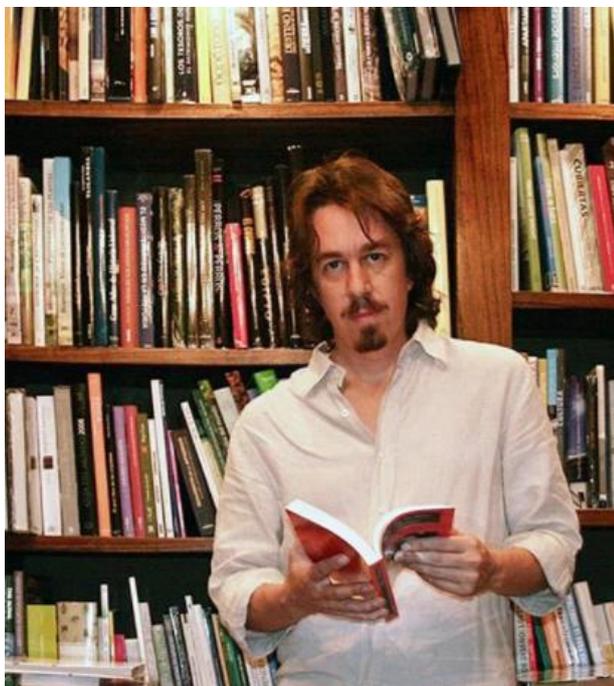
“Sin duda necesité la libertad de la ficción para decir ‘bueno, acá me uso de personaje, pero exagero esto, le agrego esto que casi me pasó y esto que me pasó lo camuflé como si no me hubiera pasado”, dice Pedro Mairal sobre el protagonista del libro, con el que cruzó el océano y triunfó en España.

Empecemos por lo último; acabas de ganar el premio Tigre Juan por ‘La Uruguayaya’ casi 20 años después de haber ganado el premio Clarín por ‘Una noche con Sabrina Love’. ¿Qué significan para ti estos reconocimientos?

Son importantes, pero son externos a uno en el sentido de que vienen de fuera. No puedo construir mi crecimiento creativo en base a eso. Es una opinión de un grupo de gente, súper bienvenida porque son lectores y entonces lo que descubres es que te estás comunicando. Pero no puedo escribir desde ahí. De hecho, cuando gané el premio Clarín me costó mucho escribir después de eso, era como “¿y ahora qué?”. Me quedé callado muchos años, por lo menos con la novela. Escribí cuentos, poemas y después recién volví a la novela. Así que los premios son un honor y es

Tertulias literarias

reconocimiento y es guita que siempre te viene bien para seguir trabajando. Es tiempo futuro para laborar. Así que significa eso.



‘Una noche con Sabrina Love’ tiene muchos puntos de contacto con esta novela. Y también fue un gran éxito; hasta fue llevada al cine. Me parece que con ‘La uruguaya’ está pasando algo parecido, incluso en mayor dimensión; a más de un año de su publicación está muy vigente ¿Por qué piensas que sucede esto? ¿Qué crees que hace que una novela como esta llegue tanto al lector, tanto sudamericano como español?

Empiezo por el final. Sí, me sorprendió mucho cómo fue recibido el libro en España. Yo creo que, en cierta medida, hay un humor o una manera de pararse frente a las cosas de la vida en común con los españoles. Hay algo ahí quijotesco, medio tragicómico, sobre todo creo que en el humor, en afrontar las dificultades exagerando y con cierta risa. Me parece que eso tenemos en común con los españoles. Me gustó cómo lo leyeron. Después

creo que el libro tiene algo más allá de mí y es que es muy íntimo. Me di cuenta cuando lo escribía, que no me podía quedar a mitad de camino, era como *all the way*. Dije: “acá, si me meto con esto, toodo, hasta lo antipático”. Y me parece que ese tono íntimo hizo que la gente se sienta muy identificada. Además, se lee rápido y es también un libro que le gusta a la gente que no lee libros, que eso me había pasado solo con *Una noche con Sabrina Love*. En los dos libros está el morbo básico del tipo que va hacia una mujer. La gente que lee *El Gráfico* agarra *La uruguaya* o *Una noche con Sabrina Love* y la lee. Pero esto es algo que no piloteo, porque yo nunca sé qué va a pasar con el libro. Creo que, si ahora digo “bueno, voy a hacer un libro de un tipo que va hacia una mujer que tenga 150 páginas”, no me sale. El libro tiene sentido en la medida que es una gran exposición, son diez años de no haber escrito ficción destilados ahí de alguna manera.

Con esto que me dice de los diez años me das pie para preguntarte qué te llevó a escribir ‘La uruguaya’. ¿Por qué ahora sí y antes no? Digo, en el medio tuviste novelas singulares como la distópica ‘El año del desierto’ o ‘El gran surubi’, que es una novela en verso; sacaste los pornosonetos como Ramon Paz, escribiste columnas para diarios, y ahora, mucho tiempo después, vuelves a escribir una novela de estructura más clásica, por así decirlo.

Yo creo que primero me enganché mucho con lo que es el periodismo, la no ficción, las columnas en los diarios. También con lo que escribí en los blogs, que en esos diez años me entusiasmó mucho. Es como que ensayé tonos. El blog era como un laboratorio. Bueno, y las columnas también, porque me habían pedido que escribiera semanalmente sobre algo que hubiera pasado en la semana y yo no hice nada de eso. Fueron como diez años de escritura así y eso fue decantando en dos libros: el libro de columnas del diario y después en *Maniobras de evasión*, que lo editó Leila Guerriero. Algo me pasa cuando veo los libros, siento que algo decantó ahí, se destiló y hay algo

Tertulias literarias

como de etapa cerrada. Entonces, después de que estos textos se publicaran, quedó como un plano disponible. Y además me cansé de que todo tuviera que estar relacionado conmigo, que yo fuera el personaje, entonces dije “bueno, cambio el nombre acá, no me llamo más Pedro Mairal, soy Lucas Pereyra y puedo inventar”. De golpe, necesité la libertad de la ficción. A veces, la libertad de la ficción me agobia, me digo “¿qué cuento?”, y a veces la necesito. No es tu nombre, si hay quilombo puedes explicar que eso es ficción y se entiende que estás jugando en ese plano. Quizá está en juego eso, la ficción para esconderme un poco y para inventar, para exagerar. Pero no tenía una historia antes. Y yo hasta que no encuentro una historia que me saque para adelante, como un surubí que me lleva, no escribo ficción.

Justo te iba a comentar que en la novela, por momentos, parece que se confundieran realidad y ficción, es como si los límites se disolvieran. Entonces supongo que eso puede generarte algún quilombo.

Y genera quilombo, sí, claro. Porque además la gente es muy literal. Pero la gente es literal incluso cuando no escribes sobre ti, eso es bastante raro también. Cuando presenté *Una noche con Sabrina Love* hace 20 años, la presentadora estaba convencida de que mis padres habían muerto en la ruta igual que los padres del personaje. O sea que en realidad todo se mezcla y es muy interesante el modo en que el lector te inventa como autor. Saben un poquito de ti, vieron una foto, algo de la bio y después empiezan a leerte y dicen “bueno, esto le pasó”. Hay una construcción que el lector hace del autor que es muy interesante. Está bien, es legítimo el morbo del “¿le habrá pasado o no le habrá pasado?”. Y si yo señalo con un resaltador fosforescente que es lo que pasó y lo que no pasó lo arruino. El alma de los libros es lo que pone el lector.

Antes hablabas del tono íntimo del narrador. La novela está narrada en una primera persona que alterna con una segunda confesional, como si fuera una carta que Lucas le escribe a su mujer. Tiene pasajes crudos y otros que son muy graciosos, por momentos parece un monólogo de ‘stand up’. La pregunta es: ¿te fue difícil encontrar la voz del narrador para contar esta historia?

La primera persona, y además de un escritor, te da mucha libertad porque se entiende que pueda tener una habilidad verbal. Entonces si eliges un personaje quizá más rústico es más difícil hacer juegos de palabras. Yo creo que hay algo que aprendí en los blogs, que es un lenguaje más cercano a lo coloquial, pero sin perder precisión verbal. Ser coloquial, pero permitirte ser muy exacto con las palabras. Una cosa medio poética, sí quieres, pero no poética en el sentido de bonito o sensible, sino de que las palabras tengan peso. Una especie de exactitud o relieve. Fueron diez años de probar ese tono. Un amigo me dijo: “la novela la escribiste medio de taquito”. Y yo le dije: “sí, guacho, la escribí de taquito, pero me llevó diez años practicar ese taquito”. Parece exagerado decirlo, porque no es que yo estaba ensayando para escribir eso, estaba haciendo otras cosas y esas cosas confluyeron en este libro. Así que el tono me costó mucho encontrarlo, descubrir esa libertad, que el tipo podía decir cualquier cosa y que entraba todo en ese día. Fue una suma de estructura y tono narrativo. Lo bueno de encontrar una estructura es que te ordena. En la novela la gran pregunta es: ¿qué queda afuera? Porque si entra todo es un gran basural. Entonces, ¿cuál es el marco? Y a veces, si encuentras un marco con la novela, te ayuda, te apuntala un poco el relato, hace que no se te desarme.

Tertulias literarias

La novela transcurre durante un día en la vida de Lucas. Creo que fue Santiago Llach en Twitter el que dijo que era como una versión gaucha del 'Ulises' de Joyce o algo por el estilo: un paseo en un día de un cornudo. Me pareció divertida la ocurrencia y quería preguntarte si siempre pensaste la novela así, en ese espacio temporal y, si la respuesta es sí, si tuviste en la cabeza alguna lectura con fin utilitario.

Claro, porque la novela de solo un día parece casi un género, ¿no? Está *Mrs Dalloway*. Bueno, y el *Ulises* es el ejemplo de lo monstruoso que puede ser un día, digo, entra la vida entera en un día si realmente cuentas todos los detalles con lupa.

Acá te faltaban Dedalus y Molly.

(Risas) Sí. Pero solo si recortaras a Leopold Bloom, que ahí le sacas a Dedalus al principio y Molly al final, igual es una novela de 700 páginas o más. Bueno, no pensé en el *Ulises*, por suerte. Pero sí había algo, un poquito, no sé si programático, pero sí que decía: este capítulo está centrado en la paternidad, este capítulo está centrado en el matrimonio y la falta de sexo, este capítulo es la guita. Y después, cuando se encuentra con Guerra, ya se desarma porque empieza la acción. Pero, bueno, en lo que es la estructura me quedó muy claro cómo era, yo contaba detallado lo que era el día y, desde ahí, podía ir a flashbacks como un solo de trompeta y después tenía que volver como si el día fuera una especie de base melódica. Tenía que volver a caer ahí con cierta gracia y seguir con el relato del día. Y eso me iba ordenando. Me parece que el día me permitió tener una plataforma desde donde moverme con bastante comodidad.



Lo mismo te pregunto con Montevideo, ¿siempre supiste que iba a ser ahí?

Sabía que era Montevideo y que aparecía ese flashback de Rocha. Pero básicamente era Montevideo porque hay una escala que es como reducir todo, al final, es como un recorte. No sé contar un año en la vida de este tipo, cuento un día. Y después, Buenos Aires es medio monstruosa para narrarla, por ahí puedes contar zonas, barrios. El hecho de ignorar casi todo de Montevideo también me dio mucha libertad. Y mirar un tipo extranjero ahí. La mirada de un tipo extranjero que hace la 18 de julio, baja la rambla y no mucho más que eso. Montevideo tiene una escala más humana que Buenos Aires. Además, desde un tipo que no la conoce bien me daba, claro, un poco el deambular ese.

En un momento, cerca del final del libro, Enzo, el maestro de Lucas, hace un alegato contra los libros por encargo y aconseja a Lucas a que escriba sobre lo que le pasa. Dice que los libros se escriben y después se ve cuánto valen y cita a Gironde que decía que los libros se pulen como un diamante y se venden como un salchichón. Me interesa saber cómo funciona esto en ti.

Mira, en ese tiempo me habían encargado un libro. Yo creo que escribí *La uruguayana* para no escribir ese libro. Era una cosa que me di cuenta que no podía hacer. Si yo fuera un tipo serio, la hubiera hecho, pero no podía hacerla. Por encargo, por lo visto, solo puedo escribir cosas cortas. Me sirve y me hace escribir cosas sobre las que no hubiera pensado nunca. Pero libros por encargo, evidentemente, no puedo. Entonces, bueno, al personaje le pasa eso, recibe una guita para hacer



Tertulias literarias

un libro y, de algún modo, lo que le dice Enzo es “te la afanaron porque no era tuya, no la sentías tuya”. Qué sé yo, es muy discutible cómo se paga el trabajo literario. Creo que a veces te forrean mucho y siempre es un poco difícil porque cobras tarde y mal. Pero cobrar por adelantado también es malo, porque cobras por adelantado por algo que no existe, que son unas conexiones en tu cabeza que vas a hacer. Es puro aire. En otros trabajos no pasa. El otro día, por ejemplo, pagué la tintorería por adelantado para planchar un saco. Pero, bueno, ya tienen la plancha. Acá es una intuición en tu cabeza y por ahí no logras que exista. Y eso te asusta un poco. ¿De dónde sale eso y por qué? Toda esa parte que no pilotas de la creatividad es un poco temible. Una parte la controlas y otra no.

Sé que estás trabajando en un guión para llevar la novela al cine, ya tienes la experiencia de que una novela tuya se haya hecho película y me gustaría saber qué te pasa como escritor cuando ves que le ponen cuerpo a una historia que nació de tu cabeza.

Es siempre raro, un poco traumático, y es algo con lo que tienes que lidiar aceptando la transformación. Me doy cuenta que los autores nunca están conformes con las películas de sus libros, jamás. Siempre es una patada en el amor propio. A mí me interesa mucho hablar con los autores, porque como yo pasé por eso a los 28 años, disfruto un poco de ver cómo se retuercen por dentro los escritores. Pero me parece que es un privilegio que te pase eso. Porque el cine es mucho más popular que la literatura, tu libro llega a más gente, la película es como una embajadora del libro. Quizá lo malo es que tu libro pierde un poco el alma, yo llamo el alma del libro a la suma de maneras de imaginarlo. Entonces habrá tantas Guerras como lectores, tantas Sabrinas Love también. Hasta que viene la película y se impone una cara. Entonces, bueno, a partir de ahí el libro se congela un poquito. Siempre la competencia palabra e imagen es muy desapareja porque la imagen tiene otra velocidad. La velocidad de la luz, literalmente. Lo otro es lenguaje que pasa por tu cerebro. Es muy poderosa también la literatura porque provocas la película en el cerebro del lector.

Estás escribiendo ya el guión, ¿no?

Estoy haciendo el guión con Hernán Casciari y Chiri Basilis. Vamos bien, pero nos estamos agarrando un poco la cabeza con esa segunda persona, el mar de fondo de la historia, porque el relato del día no es la película, me parece, no es la novela. Es una parte. La intimidad de la que hablábamos es difícil de establecer en el cine y estamos viendo cómo lo hacemos. Tenemos que mostrar qué es lo que pierde ese tipo en ese día. Porque si no se explica el derrumbe emocional y familiar de él, no tiene mucho sentido. Así que, bueno, estamos laborando con eso y va encaminado, digamos.

**Pedro Mairal: "Todos los polvos felices se parecen,
pero los infelices lo son cada uno a su manera"**

Por Luis Alemany (El Mundo, 2017)

La uruguaya. A veces, un título muy sencillo en un volumen estrecho (ciento y poco páginas) tiene el atractivo de un imán para los lectores. *La uruguaya* (Libros del Asteroide), la nueva novela de Pedro Mairal (el autor de *Una noche con Sabrina Love*, *Salvatierra* y *El año del desierto*), no está mal como ejemplo. **Hay por ahí una historia romántica nítida y potente como un estribillo pegado al oído.** Es triste pero, a su manera, también es cómica. Hay una ciudad retratada hasta en

Tertulias literarias

las tiendas de coreanos que venden baratijas en el centro. Hay una chica de la que enamorarse como un idiota. Y hay un adulterio que podría despertar a los muertos, aunque, al final, sea el adúltero el que casi acabe en la morgue.

Muy en resumen: la uruguaya del título se llama Magali, pero **prefiere que la llamen por su apellido, Guerra**. Es guapa como un ángel o algo mejor, pero al final del libro sospecharemos de ella. El adúltero se llama Lucas, es un escritor cuarentón bonaerense, sin plata y sin autoestima (o sí, porque cuando Magali aparece ante sus ojos se cree el gran hombre). Y la ciudad es Montevideo, que aparece cartografiada calle a calle.



"Me gusta esa palabra, **cartografía**. Yo no puedo empezar un libro sin tener ese espacio en la cabeza. Es un mapa fantasma de escala uno en uno, vaporoso porque tiene muchos blancos, pero es casi un lugar que habito durante un tiempo a pesar de no estar físicamente ahí", contesta Mairal en un correo electrónico. "Montevideo tiene una escala más humana que Buenos Aires. Creo que ya habité (y desmantelé) literariamente Buenos Aires en mi novela *El año del desierto*. Pero a veces la ciudad donde uno vive está demasiado saturada de asociaciones emocionales, culturales y sociales, en cada cuadra hay un recuerdo, una anécdota, un miedo, un local que ya no está, una nostalgia, la estela de un amor que quedó flotando... Entonces es casi imposible narrar la propia ciudad, porque es la vida entera de uno. Ir a otra ciudad es un alivio en ese sentido. Es un espacio que no está todo narrado y sobreescrito, al menos para el recién llegado. Lucas, mi personaje, llega a una

Montevideo idealizada, ingenua, hecha de canciones de músicos uruguayos y poemas, hecha de prejuicios buenos del turista argentino que va de vacaciones al otro lado del Río de la Plata y baja la guardia. Montevideo funciona como un espacio de extrañamiento, donde las cosas parecen similares pero son distintas. Como ese momento de la infancia en que le agarrabas la mano a tu madre y cuando mirabas hacia arriba no era tu mamá, era otra. A Lucas la Montevideo real y concreta le va a mostrar de pronto su verdadera cara".

Su verdadera cara es la del pobre hombre que llegó a Uruguay a traerse un puñado de miles de dólares y a acostarse con una veinteañera en el mejor hotel de la ciudad... y que volvió a casa magullado, arruinado y con un ukelele como premio de consolación.

"No pretendí hacer un tratado del cuarentón frustrado, por así decirlo, sino mostrar a un tipo en particular sometido a la pasión. Cuando uno somete a su personaje al deseo se le aceleran las partículas narrativas, se vuelve volátil como explosivo, su destino se puede disparar en todas las direcciones, se vuelve vulnerable. Queda como a merced de la persona deseada y eso lo vuelve patético, risible. Me interesa mostrar ese estado que afecta hasta a las personas más prudentes y

Tertulias literarias

cautelosas. **Lucas está viviendo el último ramalazo de su adolescencia infinita**, de pronto siente que queda un poco más, otro amor, otra aventura... Pobre Lucas. Lo maltrato mucho, pero bueno eso es la literatura: al pobre Quijote, Cervantes lo hace apalear en cada capítulo".

Mi pobre personaje

¿Qué le pasa a Lucas? Lo normal: que tiene un hijo pequeño, que hace el amor con su mujer poquísimos y que, en cambio, discute con ella bastante. ¿Están mal pensadas las ideas de la pareja estable, del amor romántico? se pregunta Lucas. "Al final, las da por buenas, pero no le queda otra tampoco, ¿no? Se adapta o se sobreadapta. Es parte de los sacudones que le pego. Le desmantelo su estantería emocional, su bagaje social, el envión de sus costumbres familiares. Y es cierto que eso está en el aire de la época. El modelo padre, madre y niños está disolviéndose en algo más incluyente y real con las familias ensambladas y los padres del mismo sexo. El amor es una bestia polimorfa. Adopta muchas formas y se está haciendo cada vez más evidente que limitar al amor a un modelo de monogamia heterosexual es reducirlo, es como meter un pulpo en un frasco (los pulpos aprenden a desenroscar la tapa desde adentro y se escapan)".

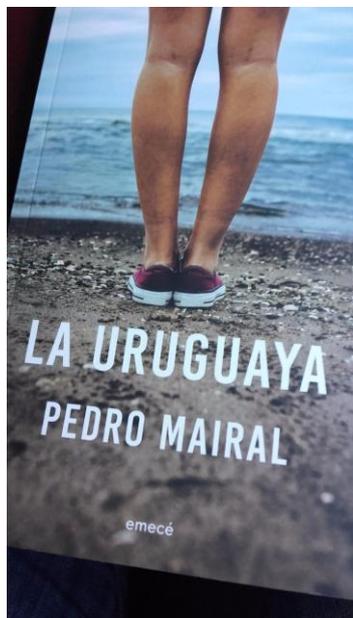
Una pregunta al hilo: si la relación de Lucas y su mujer hubiera ocupado un 5% de la novela en vez de un 20% o un 30%, ¿hubiese sido más potente la historia de amor esquivo de Lucas y Guerra? "Ahora que estamos haciendo el guión de la película con [Hernán Casciari](#), ésa misma es la pregunta. En la novela funciona como una fuerza gravitacional, es todo lo que Lucas siente que está defraudando, rompiendo, traicionando, es la culpa, esa segunda persona que aparece, como una confesión a su mujer, y a la vez un intento de sí mismo por entender qué fue lo que pasó ese día, como si al contarlo con todos los detalles obtuviera alguna forma de redención. Pero eso a nivel acción es invisible. Es el conflicto de alguien, su monólogo mental, lo difícil del cine es como llevar eso a la pantalla. **Yo no creo que la historia de Lucas con Guerra, por sí sola, sea tan atractiva.** Porque lo que perdería al fin y al cabo no sería tanto. Creo que se necesita el mar de fondo matrimonial, esa tormenta invisible".

Nos falta hablar de sexo. Dos veces vemos a Lucas y Guerra retozar. Las dos, en la playa; las dos, muy bien; las dos, a medias. "Un poco al modo Tolstoi, diría que todos los polvos felices se parecen, pero los infelices lo son cada uno a su manera. La felicidad sexual es difícil de mostrar, casi intransferible, pero los desencuentros, las interrupciones, la dificultad, la imposibilidad en el sexo, todo eso genera más empatía. También algo que me gusta mucho intentar captar es la intimidad, que en ese caso, era difícil porque **Lucas y Guerra están en lugares públicos, bajo el cielo**; entonces lograr un momento de absoluta privacidad entre ellos dos era un desafío interesante. Y creo que el truco es mostrar qué va pasando emocionalmente en paralelo con lo físico, como si fuera una sola cosa, y porque lo es al fin y al cabo".

Tertulias literarias

En Argentina todavía quedan hombres como Dios manda

Por Alberto Olmos (Mala Fama, El Confidencial, 2017)



La uruguaya, de Pedro Mairal, se convierte en uno de los libros de año con un retrato de la superficialidad masculina que muchos lectores encuentran intolerable.

Leí en una lista de mejores libros del año -de hecho, en la mía- que '*La uruguaya*' (Libros del Asteroide) de Pedro Mairal estaba bien. Así que me la he leído y la verdad es que está muy bien. Esto de poner libros en listas de mejores del año sin habértelos leído y luego, leértelos, es lo que yo llamo profesionalidad. De la adivinación.

Aparte de en mi lista autoinfligida, '*La uruguaya*' ha salido en muchos otros tops de mejores libros del año, ha recibido el premio Tigre Juan y va por su quinta edición. Sin embargo, algunos lectores en Goodreads se quejan de que su protagonista es un completo imbécil, y le ponen una estrella sobre cinco a la obra. Esto me congratula porque si la gente supiera leer no tendría mucho sentido que viniera yo aquí a enseñarles a leer.

“Pobre protagonista, pobrecito”

Un error que han cometido muchos con esta novela de 140 páginas es leérsela del tirón. De hecho, los propios lectores insatisfechos nos cuentan muy ufanos que se la leyeron de una tacada, incluso “en 45 minutos”. Lo que hay que leerse del tirón es '*En busca del tiempo perdido*' (3.000 páginas), y luego presumir. '*La uruguaya*', como '*Pedro Páramo*' o '*Los papeles de Aspern*', hay que leérsela en varios días, cortadita como la droga, en sorbos espaciados.

Esto es así porque la obra de Mairal es novela de vida, vivencia narrada, y para que cuaje su efecto el lector tiene que entreverarla con sus días, mancharla de sí mismo. La novela, en realidad, es un género entrometido, un intruso, la lectura que llevamos con nosotros y contra la que hacemos eso de vivir. Leer novela es debatirnos lo cotidiano, al tiempo que lo vivimos, y por eso la novela es el género superior y los demás son esparcimientos.

Dice una lectora con desdén en Goodreads: “La nueva novela de Mairal se trata de un hombre que, en sus 40 años, se da cuenta que la vida es difícil”. Y añade otro: “Pobre protagonista, pobrecito, qué vida difícil de movilidad social descendente que tenés”. Y otro más: “La novela de un pendejejo con aspiraciones de experimentar y hacerse el loco por no sentirse realizado en su vida personal y profesional.”

Aquí lo que la gente no entiende es la masculinidad, que es de lo que trata '*La uruguaya*'.

Bullying literario

'*La uruguaya*' nos presenta a un cuarentón argentino que besa a su mujer y a su hijo por la mañana en su apartamento de Buenos Aires y luego toma el ferry a Montevideo para acostarse con una



Tertulias literarias

chica más joven. Todo el viaje de Lucas Pereyra gira en torno a la premeditación de la infidelidad, que es la premeditación de la alegría. “No hay nada más lindo que eso”, nos dice el narrador sobre ir al encuentro de una mujer bonita.

La masculinidad la solemos asociar con la agresividad, el éxito, el donjuanismo y Pablo Iglesias. Con el héroe épico. Con el coraje. No, amigos, nada de eso constituye la esencia de la masculinidad, esencia que captura admirablemente Pedro Mairal en esta novelita.

Porque la esencia de la masculinidad es hacer el ridículo. Un hombre como Dios manda es un hombre humillado, el pagafantas y no el macho alfa, echarlo todo a perder por un atisbo de belleza. Cuando tantos lectores en Goodreads atacan esta novela atacando a su protagonista, están haciendo bullying literario, es decir, se están creyendo a un personaje, sin darse cuenta de que no hay elogio mayor a un libro que enloquecer leyéndolo y acabar insultando a gente que no existe. Nadie dice que el libro sea malo, sino que su protagonista es superficial. Y cuánto talento hay que tener para construir la superficialidad, amigos.

Elogiar a un argentino

Yo, que me hallo ahora escribiendo un libro como quien participa en un concurso de Belenes (¿aquí el pastorcito?, no, mejor allá; no, un poco más cerca, un milímetro más hacia adelante), no puedo sino angustiarme ante la naturalidad de la prosa de *'La uruguay'*. ¡No le costó nada a Mairal hacer un libro buenísimo! El autor se excusa en que estuvo diez años escribiendo blogs y columnas y que de ahí le salió este estilo “con la ropa suelta”, directo y lírico a la vez. “Qué mujer más hermosa, qué demonio de fuego me brotó de adentro y se me trepó al instante en el árbol de la sangre.”

También me genera angustia andar dedicando elogios a un argentino, uno además que lleva todo el año siendo elogiado. Elogiar a un argentino ya sabes que no significa nada para él, los elogios no le llegan, es como si le pusieran el himno nacional de su país, que ya se lo sabe.

Pero, en fin, digámoslo: *'La uruguay'*, con su tono menor, su fabulosa recreación de Montevideo, su odisea de masculinidad ridícula y su absoluta perfección narrativa es una novela que podrá leerse durante los próximos cincuenta años como un clásico de nuestro siglo.



Fontes:

[El Mundo](#)

[El Asombrario](#)

[El Cultural](#)

[El Confidencial](#)

Para saber más:

[El País](#)

[Páxina Oficial do Autor](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)



Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A

15172 – Perillo (Oleiros)

Tfno.: 981 639 511

Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2018-2019